

Un ejército en permanente evolución

EN las últimas décadas, nuestras Fuerzas Armadas han estado sometidas a una continua transformación interna, a la vez que trataban de navegar en un mundo globalizado, donde las amenazas convencionales han dejado paso a riesgos multifacéticos que requieren nuevas estrategias y capacidades.

España, inmersa en un proceso de transición hacia un sistema democrático de libertades, demandaba una transformación de sus ejércitos y lo hizo utilizando los valores tradicionales de la milicia: disciplina, espíritu de sacrificio y lealtad. Aprovechó, además el relevo generacional de los jóvenes oficiales y suboficiales. Esta evolución supuso cambios en su estructura orgánica, en su tamaño, en sus misiones y en su sistema de reclutamiento.

Un joven teniente que saliera de la academia a finales de los años setenta, se encontraba con unas Fuerzas Armadas que sufrían los embates del terrorismo de ETA. La gran mayoría de sus oficiales y suboficiales se volcaban en mejorar el funcionamiento de unas unidades lastradas por la carencia de medios, donde la máxima "súplase con el celo" era de aplicación diaria. Se trataba de una milicia infradotada económicamente, basadas en el servicio militar obligatorio y con un gran número de efectivos, especialmente en el Ejército de Tierra, que compatibilizaba el despliegue operativo, basado en grandes unidades tipo división, con un despliegue territorial. Soldados, marineros y cuadros de mando dedicaban su tiempo a desarrollar un programa de instrucción dividido en periodos, que culminaba con la licencia del conscripto. El servicio militar concitaba pocas simpatías entre los jóvenes varones, que lo percibían como una interrupción de su vida laboral y familiar. Sin embargo, se debe reconocer el carác-



ter igualitario del mismo y el sacrificio de múltiples generaciones de jóvenes que, una vez vestidos de uniforme, daban lo mejor de sí mismos en favor de una sociedad que tiene una deuda de reconocimiento con todos ellos.

Hoy, el teniente o la teniente que sale de la academia se va a encontrar con que el 12,2% de sus compañeros de armas son mujeres que pueden ocupar cualquier puesto, incluidos los de mayor riesgo y

fatiga, en igualdad de condiciones con los hombres.

Cuando España en 1988, aprobó la presencia de la mujer en cualquier unidad militar incluidas las de combate, a muchos les pareció una apertura excesiva. La mayoría de los ejércitos extranjeros no permitían la presencia de mujeres en puestos de combate. El tiempo está dando la razón a los legisladores españoles. Países como Estados Unidos se están plantean-

do eliminar estas limitaciones porque hoy día, en las zonas de operaciones no hay frentes estables, ni vanguardias, ni retaguardias.

El teniente de hoy no irá destinado a una división, sino que irá a una unidad más pequeña y flexible con todos sus efectivos instalados en una base donde dispondrán de modernos equipos y sistemas de armas, manejados por profesionales adiestrados para llevar a cabo ope-



Pepe Díez

El combatiente del futuro representa la última tecnología al servicio del militar.

raciones de paz y ser capaces de actuar en situaciones complejas y de riesgo.

Ese profesional va a trabajar con hombres y mujeres con experiencia en varias operaciones internacionales. No en vano más de 122.000 efectivos españoles han participado en 65 misiones en cuatro continentes. Y es que las Fuerzas Armadas han pasado de estar volcadas en la defensa territorial a dedicar una parte muy importante de su actividad a las misiones fuera de nuestras fronteras, contribuyendo de forma notable a la acción exterior del Estado. Por ello, los profesionales de la milicia son hoy uno de los colectivos con más relaciones fuera de nuestras fronteras, una situación muy distinta a la de hace unas décadas.

Esta autarquía militar se rompió el 30 de mayo de 1982, con el ingreso de España en la Alianza Atlántica, uniendo nuestro destino en lo militar al del resto de los países miembros. Entonces, los militares españoles comenzaron a trabajar con sus colegas de los países aliados. El primer reto fue situar a España en la OTAN en el lugar que le correspondía, ocupando puestos de responsabilidad en la estructura de mandos de la Alianza.

Otro de los logros de estas tres décadas ha sido la reducción de un gran número de efectivos, especialmente en el Ejército de Tierra, pasando de un ejército que ha llevado a cabo tres grandes planes para irse adaptando hasta lograr su estado actual. Todo esto supuso una drástica reducción de unidades. Sus aproximadamente 250.000 efectivos son ahora unos 68.000 militares.

Y cuando parecía que se estaban culminando todas las transformaciones necesarias como país miembro de la OTAN, en 1989 se produjo la caída del Muro de Berlín, provocando el mayor cambio de la historia, en la geopolítica de Europa. Países que eran enemigos en los años ochenta, pasaron a ser aliados en el seno de la OTAN. Militares que antes se observaban con desconfianza, pasaron a ser compañeros de armas en zonas de operaciones como Afganistán. Las tácticas aprendidas para los combates convencionales ya no valían para las operaciones de estabilización en las que los ejércitos se ven inmersos tras la Guerra Fría. También la Armada se vio obligada a revisar sus procedimientos para actuar contra

la piratería y hacer frente a otros riesgos contra la seguridad marítima.

Otro aspecto importante en esa transformación ha sido la actuación conjunta de los ejércitos y la Armada, que ahora trabajan integradas, aportando lo valioso de sus capacidades específicas. Los cambios en la estructura orgánica, con la creación del Mando de Operaciones y de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas, han contribuido a superar los problemas del pasado.

Pero no sólo las personas sino también, los medios, las denominadas capacidades han tenido que adaptarse a los nuevos escenarios. Se han desarrollado equipos que proporcionan una alta protección a las tropas: es la época de la coraza más que la de la flecha. Los sistemas de mando y control son cada vez más sofisticados y el planeamiento y el control siempre están centralizados.

La tecnología aporta una gran ventaja en las operaciones, pero frente al insurgente que se diluye entre la población civil, se revaloriza el valor del hombre, del soldado bien adiestrado capaz de mantener el control aún en las situaciones más complejas. En 21 años de operaciones ningún soldado español ha merecido un reproche por su comportamiento.

Las Fuerzas Armadas de hace 30 años colaboraban con las autoridades civiles en situaciones de catástrofe, pero no ni disponían de preparación ni de medios adecuados para ello. Hoy la Unidad Militar de Emergencias, instruida y con medios, se ha hecho acreedora al respeto y el aprecio de las autoridades civiles que recaban su colaboración.

Las Fuerzas Armadas españolas no han dejado de transformarse interna y externamente, introduciendo cambios progresivos en su rumbo, en ocasiones con el sacrificio silencioso de sus hombres y mujeres, que han visto desaparecer sus unidades, siendo forzados a traslados no deseados o viendo truncarse sus perspectivas profesionales.

Probablemente las Fuerzas Armadas son la institución del Estado que más ha cambiado en las últimas décadas y ese saber ir modificando el rumbo para adaptarse a lo que la sociedad espera de ellas, no le ha pasado desapercibido a los españoles, que la consideran la institución más valorada de este país.

G. B. Miguel Ángel Ballesteros Martín